

INSPIRAMOS, EXPIRAMOS Y ¡CAMINAMOS!

Fecha: Lunes, 7 Dic 2015 20:20:09 +0000

De: iagovazquez@derechosdelamujer.es

Para: xavi@hotmail.com; pablofrancelos@gmail.com; oriol13@yahoo.es; josep9@gmail.com

Asunto: Inspiramos, expiramos y ¡caminamos!

Hola chicos,

Llevo semanas recibiendo vuestros whatsapps. Bajaba la pestaña sin atreverme a leerlos porque no era capaz de responderos. Ahora, sin embargo, sí me siento preparado y, es más, considero necesario daros una explicación a mis silencios y a mi ausencia en los últimos meses en los ensayos del grupo, ése por el que tanto hemos trabajado y que hemos soñado desde niños. Últimamente las circunstancias me han impedido concentrarme en la composición de nuevas letras y acudir al local.

Quizás ahora, a casi 600 km de distancia, y después de saber lo que es verdaderamente un invierno, me es más fácil compartir con vosotros los motivos y, sobre todo, las duras emociones que estoy viviendo.

No es fácil para mí comprender cómo una persona que nos quería ha podido hacer de nuestra vida un infierno y, mucho menos, contener ese sentimiento sin verbalizarlo. ¡Vergüenza! En todo este tiempo eso es lo que he sentido, además de miedo, claro está. Ahora, en cambio, me siento orgulloso de poder destapar esta pesadilla con vosotros, mis amigos.

Recuerdo la fiesta con la que celebramos mis 5 años. En aquel entonces, no logré entender que los gritos se originasen por el mero hecho de que las velas no fuesen de color azul. Recuerdo también cuando vi a mi madre con una herida en la cara y la nariz sangrando. Tiempo después, supe que ése fue el precio que tuvo que pagar por defender mi sueño de estudiar Diseño, cuando mi padre quería que estudiase Arquitectura. Todavía me conmueve la angustia que a mi madre le causaba hacer un plato de comida cada día, aunque su creatividad disfrazada del temor a su reacción, nunca aseguraba la ausencia de gritos, humillaciones y desprecios. Ahora entiendo esas largas noches de insomnio merodeando por la casa y esa cita a las 5 de la mañana con la colección de cajitas de infusión escondidas en el tercer cajón de la cocina. Sigo incrédulo ante el descubrimiento de que, debajo del dolor del “supuesto” síndrome del túnel metacarpiano causado por largas horas de plancha, se escondiese el golpe seco de una barra de

hierro durante nuestras vacaciones del 2005; una de las mil furias desatadas de un modo brutal y escalofriante. Precisamente aquella tarde, mi madre había sonreído con ternura frente al televisor, ante el beso del recién casado Pedro Zerolo. Otro recuerdo que sigue en mi mente es el obligado consentimiento que debía recibir mi madre antes de comprarse cualquier pieza de ropa. ¡Patético y denigrante! Sigue enfureciéndome que él tomase todas las decisiones, como si mi madre no fuese capaz de proponer una idea buena.

Ésta es sólo la punta del iceberg del inmenso hielo que se sustenta sobre las visitas semanales al hospital y aquél aborto precipitado. Muerta en vida, encarcelada entre unos barrotes de amenazas constantes, con congoja, claustrofobia y con el sufrimiento propio de a quién no se le deja ni parpadear. La palidez de sus pupilas y su piel fría; el chantaje emocional y los besos envenenados de arritmias, sudoración, fiebre y diarreas. Las noches en vela durmiendo en el sofá sin ninguna tela que la arropase, las innumerables escenas que acababan por reducirla a un objeto y los vómitos con el estómago vacío. La intolerable desigualdad en su día a día, los castigos incesantes y a golpe limpio por cualquier motivo. La firme pero falsa decisión de acabar con esa tortura en comisaría, siendo vencida por el terror ante las represalias. Ahora sé que, por muy bien que hubiese hecho las cosas, nunca habría satisfecho sus exigencias. La muerte y el suicidio de la ilusión y la esperanza. Encerrada en una jaula, sin luz, golpeada su dignidad, apuñalada su identidad, arrebatada su libertad.

Ante esta situación, nos resultaba imposible seguir adelante en el escenario del horror. *Inspiramos*, decididos a crear un nuevo hogar. Ahora vivimos en un pueblo tranquilo, alejado de perturbaciones. Sin ruidos, y sin el humo tóxico y asfixiante que parecía que nos fuese a perseguir de por vida.

Hemos cambiado las pastillas del hombre de la bata blanca por las pastillas del bosque verde. *Expiramos*, decididos a dejar el pasado atrás. Al menos tres veces por semana, mi madre y yo vamos a pasear por la montaña para que, al llegar la noche, no necesite de ningún fármaco para conciliar el sueño. Incluso la he convencido para asistir a unas sesiones de yoga, con lo que nos burlábamos de esa actividad, de la búsqueda de la paz interior y esas cosas, ¿eh?

También hemos ido a algún concierto y al cine, para intentar evadirnos de la terrible pesadilla sufrida, entreteniéndonos con historias bonitas y música alegre; sustituyendo un ambiente amenazante por otro confortable, divertido y feliz.

Dejasteis de verme cuando me cambié a la UNED para poder trabajar de día y estudiar de noche. Era la única alternativa para intentar amortiguar el miedo nocturno y que, además, tuviésemos ingresos para seguir adelante. *Caminamos* solos, pero felices, emocional y

económicamente. Ah, por cierto, finalmente no me he matriculado en Diseño, sino que he iniciado el Grado en Derecho.

Ahora, él no está. Sin embargo, somos conscientes de la dificultad que supone desactivar ese sistema de alerta que ha convivido en nuestro ser durante tantísimos años. Para lograrlo, construimos retos bonitos como los que ahora nos ilusionan. Mi madre se ha inscrito en la autoescuela para, al fin, cumplir su sueño y poder conducir y, además, se está preparando los exámenes de acceso a la Universidad. Cada noche, estudiamos juntos.

Espero que, tras leer estas líneas, podáis entender que nunca me he ido. Por ello, tampoco me he despedido. En unos días, os llamaré desde mi nuevo número de teléfono.

PD. ¿Qué opináis sobre “*Inspiramos, expiramos y ¡caminamos!*” como título del nuevo álbum?

Un abrazo fuerte a todos. Nos vemos pronto.

Iago V. Sentí